**Una lucha sin cuartel**[[1]](#footnote-1)

(Alex Vigueras Cherres, sscc)

El año 2015 Mario Gaete era el Director de la 1ª Compañía de Bomberos de Diego de Almagro. En su larga trayectoria le había tocado vivir muchas emergencias: el colapso de la mina San José con los 33 mineros, el terremoto y tsunami de 2010, algunos accidentes carreteros grandes. Pero lo del 25 de marzo fue otra cosa. En el momento más difícil, en que la gente venía a pedir la ayuda de bomberos y ellos no podían hacer nada porque el cuartel estaba inundado, llegó a suplicar: “¡Señor, ayúdanos!”

El 24 de febrero habían trabajado todo el día colocado nylon en las casas. Sabían que se venía algo grande, pero como a la una de la mañana, viendo que no pasaba nada, cada uno de los bomberos se fue a su casa. Mario se despertó horas después, cuando comenzó a sonar la sirena.

Lo primero que hicieron fue prevenir a la gente para que no se acercaran al río Salado. Hasta tuvieron que sacar a una familia que había instalado una mesa y estaban tomando tecito en la ribera. Como a las 5 de la mañana se dieron cuenta de que el desastre era inevitable, porque venía mucha más agua de la que habían pensado. Una hora más tarde la situación se puso crítica y comenzaron a evacuar a la gente. A las siete de la mañana comenzó a sonar la sirena sin parar, como un quejido interminable, hasta que se cortó la luz.

Cuando se vino el río, a Mario le tocó evacuar gente que ya no podía salir por sus propios medios. De hecho, él y su compañero fueron los últimos que lograron salir de la calle Matta. Justo cuando venían saliendo, con cierto alivio pues dejaban atrás el peligro, escucharon: “¡Ayuda! ¡Por favor! ¡Aquí!”. Se detuvieron y miraron con atención para ver de dónde provenían esos gritos. Era una familia que se había quedado encerrada porque la presión del agua ya no les permitía abrir la puerta. Al evaluar la situación se dieron cuenta de que no podrían hacer nada con la camioneta, así es que fueron a buscar alguna maquinaria pesada. Cuando la consiguieron, le pasó la camioneta a su hijo, también bombero, y él se subió al balde del cargador para, desde ahí, meterse en la casa; pero no podían. Siguieron tratando, hasta que lograron abrir un forado en la puerta. Mario metió el hombro y logró asomarse hacia dentro de la casa. Llegó a contener la respiración cuando vio una guagua y unos brazos que la sostenían y se la acercaban: “Tómela, por lo menos que se salve ella”, le dijo la persona que se la entregaba. Le puso una mano debajo de la cabeza y otra más abajo y se giró lentamente, sin dejar de mirar a la pequeña. Contrastaba con la delicadeza de ese movimiento la fuerza del agua que sentía cada vez más fuerte en su cuerpo. Cuando le recibieron la guagua, ordenó a quienes lo acompañaban: “¡Salgan!, ¡rápido!, ¡hay que irse!”. Solo Mario y el operador de la máquina se quedaron. Por los gritos que escuchaban supieron que había más niños adentro. Y, mientras buscaban la manera de entrar, la misma fuerza del agua arrancó la puerta de cuajo. Sacaron primero a tres niños y, luego a los dos adultos que quedaban. Estaban ya sin ropa. Cuando lograron subir a todos en el balde del cargador, los llevaron al cuartel y lo primero que hicieron al llegar fue vestirlos con las ropas de los bomberos. Días después Mario se dio cuenta de que esa familia era la del caballero que vende churrascas en la plaza. De hecho, se han juntado algunas veces y Mario se emociona cada vez que ve a la guagüita –ahora niñita de tres años- que, como un Moisés de nuestro tiempo, fue rescatada de las aguas.

Después de eso Mario tomó la decisión de quedarse en el cuartel para tratar de coordinar las acciones de los bomberos. Varias veces sintió impotencia cuando le llegaban los pedidos de ayuda y no podía enviar a nadie, porque todos los bomberos estaban ocupados y estaban cortados los canales de comunicación. Los informes que recibían de boca en boca decían que algunos bomberos ya habían quedado al otro lado del río, otros estaban con hipotermia, de otros no se sabía nada. No había una organización de las operaciones de rescate y cada uno hacía lo que podía. En el cuartel quedaban solo tres bomberos ¡y cientos de personas pidiendo ayuda! A Mario se le apretaba el pecho cada vez que les tenía que decir “no podemos hacer nada”.

De las cosas que más le impresionaron fue cuando trajeron a una persona que era obeso mórbido; venía en el balde de un cargador repleto de agua. Solo se le veía la cara asomada sobre el agua. Entre varios tuvieron que ayudar para poder bajarlo. Así también, se le hizo un nudo en la garganta cuando escuchó los gritos de una madre que pedía ayuda porque su hijo estaba en un segundo piso y el agua estaba carcomiendo los cimientos de la casa. Nunca supo después lo que pasó con ese niño… Le tocó también auxiliar a bomberos que venían con hipotermia, golpeados, heridos.

Y cuando pensaban que lo peor había pasado, el agua se vino con todo y les inundó el cuartel. Tuvieron que salir a toda prisa cargando a sus compañeros exhaustos, heridos. Todo ocurrió en pocos segundos. Se tuvieron que instalar en unas bancas del paseo que está en la calle Pedro Aguirre Cerda. A esa altura ya lo habían perdido todo. Ahora estaban igual que la gente, pero seguían ayudando.

Cuando estaban recién instalados en el cuartel improvisado, Mario vio venir a toda prisa a uno de los bomberos que le dijo: “¡Uno de los carros está atascado al otro lado de la línea!”. “¿Quiénes están en ese carro?, preguntó”, pero no le supieron decir. Mario salió a buscar algún cargador que pudieran enviar. Le dijeron que fuera a hablar con Marcelo que estaba coordinando las máquinas. La situación era grave así es que le asignaron esa tarea a Oriel, que era operador de la máquina más grande con que contaban: un cargador frontal Komatsu 470. Mario conocía a ese operador, y le dio confianza. El cargador regresó como a la media hora. Entre todos los que allí estaban ayudaron a bajar a la gente del balde, algunos de los cuales eran bomberos. Nadie decía nada; estaban cabizbajos. Mario vio que caminaban de un lado para otro y le extrañó que no le informaran sobre lo que había pasado. De repente se acercaban entre ellos y se hablaban al oído. Eso lo puso nervioso. En eso se acerca su hijo y le dice: “Escuché que decían que el Álvaro se había caído del carro al torrente del río y que no lo habían encontrado”. En ese momento, Mario sintió que no podía sostenerse en las piernas. Algunos de los bomberos lo ayudaron a sentarse. Se quedó silencioso, con sus manos agarradas por detrás de la cabeza. Conocía bien al cadete Álvaro Plaza, tenía apenas 17 años. Ahora no solo el cuartel de bomberos estaba devastado; también lo estaba el Director de la Primera Compañía y los compañeros y compañeras de Álvaro. Pero no hubo tiempo para acompañarse en esa pena, pues los pedidos de ayuda seguían llegando y había que volver a salir. Pasan y pasan los años y, hasta ahora varios de los integrantes de la Compañía no han podido llorar; el dolor sigue vivo como si todo hubiese ocurrido ayer. Más desgarrador se hace el recuerdo cada madrugada del 25 de marzo, cuando escuchan llorar de nuevo la sirena del cuartel.

En esos días, Mario perdió la noción del tiempo: “¿En qué día estamos?, ¿qué hora es?, ¿cuántos días han pasado?”, preguntaba de repente. Solo cinco días después del aluvión pudo regresar a su casa, bañarse y descansar, pues había pasado todo ese tiempo sin dormir. Cuando estaba bajo la ducha y pudo mirarse con atención, descubrió en su cuerpo varias heridas y moretones. Se extrañó de no haberse dado cuenta antes de lo golpeado que estaba.

Como al tercer día del aluvión llegaron bomberos de Coquimbo. Más tarde llegaron también de Antofagasta, Concepción, Conchalí y Huechuraba. El grupo de Coquimbo se hizo cargo de la emergencia, pues los bomberos de Diego de Almagro ya no podían: estaban devastados física y anímicamente.

Mario no oculta el orgullo que le produce ser bombero de la Primera Compañía de Diego de Almagro, que hoy lleva el nombre de Álvaro Plaza Ramos. Siente que la gente les tiene un cariño especial. Y sabe que si llega a ocurrir otra catástrofe como la del 2015, él y sus compañeras y compañeros bomberos volverán a hacer lo mismo: ayudar, ayudar y ayudar; volviendo a arriesgar su vida por la vida de sus vecinos.

1. Relato basado en una entrevista a Mario Gaete Godoy, realizada en abril del 2018. [↑](#footnote-ref-1)